



SU PRIMERA ESCALADA LA REALIZO EN 1914

# “EL PATRIARCA DE LAS TUIZAS”

RAMON DELGADO, QUE CUENTA 85 AÑOS, ESCALO MAS DE 500 VECES PEÑA UBIÑA

“DE NOSOTROS SOLO SE ACORDABAN PARA LLAMARNOS A LA “MILI” Y COBRARNOS LA CONTRIBUCION”

**S**E puede ya subir a Tuiza de Arriba sin necesidad de gatear por un intrincado camino de cabras, que en cuanto llovía se convertía en un caudaloso riachuelo. Se puede subir por una decente carretera que sus vecinos han construido, casi con sólo su propio esfuerzo y el de sus amigos los montañeros. Una vez construida, la Diputación, compadecida, se la cedió. Y hubo fiesta por todo lo alto en el lugar. Y el panadero, y a veces el carnicero y el pescadero, y el que les surte los piensos para el ganado, y alguna vez que otra el médico llegan ya al pueblo que con sus 1.058 metros disputa a Sotras la hegemonía de ser el lugar habitado más alto de Asturias. Es algo más cómoda, sí, la vida en Tuiza Alta desde ahora que tienen carretera. Pero sigue siendo un retazo de esa Asturias irredenta y medieval que aún pervive en nuestra región. Subí a Tuiza una tarde de nieve y de lobos. Una tarde de marzo cruel e invernal, sobre todo en las alturas. Era un sábado. Los montañeros —los mejores

amigos de los tuizanos—, con sus mochilas y sus equipos, caminan hacia las Ubiñas, no sin antes hacer la clásica parada en el bar de Ramón. Ramón Delgado, el patriarca de las Tuizas y hasta hace unos años el guía oficial de Peña Ubiña. El hombre que escaló más de quinientas veces la colosal mole. Hoy, con sus ochenta y cinco años, ha de conformarse con verla, casi a tiro de piedra, desde el balcón de su casa. Esperamos por él. —Todos los días, llueva, nieve o haga sol —nos dice su hija—, va dando un paseo hasta Tuiza de Abajo. No se fatiga en la subida. Y en el verano se pasa los atardeceres a la salida del pueblo contemplando lo que fue la razón de su vida: Peña Ubiña. Llegó Ramón. Pese al frío reinante, ni un gabán ni un abrigo cubre su cuerpo. —¿Para qué? Nunca lo usé. Ni guantes. Madreñas y traje mahón. ¿Para subir a Peña Ubiña? Alpargatas en verano y unos chancos en invierno. No me acostumbraría a vivir en una villa o ciudad. ¿Que la vida aquí es dura? Más era antes. De nosotros sólo se acordaban

cuando tenían que citar algún mozo para ir a la milicia o para cobrarnos las contribuciones. Sí, eran las únicas cartas que aquí llegaban. Salimos de su casa. Caminamos por los regueros en lo que están convertidas las callejas del pueblo. Pasan más montañeros. Saludan a Ramón. Y a nosotros nos dicen: —Escribe en LA NUEVA ESPAÑA que la Federación de Montañismo debe de hacer un refugio en el Meicín. El que ahora hay es de una sociedad particular que no se porta con nosotros demasiado bien. Hoy, mira qué noche nos espera y tendremos que dormir a la intemperie. La Federación no debe de olvidar que las Ubiñas es la zona montañosa más visitada de Asturias. Siguen su marcha los montañeros y nosotros continuamos nuestra charla con Ramón. Nos sentamos en un madero debajo de un hórreo. Continúa nevando. —Hace ya unos cuantos años que no subo a Peña Ubiña. Los años, ¿sabes? Pero hasta hace dos, sí que me largaba muchas tardes hasta el Meicín. Allí me pasaba las horas viendo cómo la escalaban. Muchas veces bajaba con las estrellas. Era feliz así. Pero un día me dio, estando arriba, una gran hemorragia nasal. Tuvieron que bajarme. El médico me prohibió subir a esas alturas. Me dijo que a mi edad podía desangrarme. Yo me siento fuerte y si no fuera por mi familia seguiría dando paseos hasta arriba. ¿Las Ubiñas? Son fáciles de escalar, pese a ser, la grande, la mole más alta de la cordillera Cantábrica, con sus 2.417 metros de altitud. No puedo, los ojos se me quedan fijos en ella desde cualquier punto que esté de la zona. ¡Guarda tan gratos recuerdos para mí! La primera escalada que recuerdo fue en agosto de 1914. Andando desde Espinedo, llegaron aquí cuatro montañeros, entre ellos un cura. Me preguntaron si sabía el camino más corto para subir a Peña Ubiña. Me presté a acompañarles. Y allí empezó lo que había de ser la razón de mi vida. Caminamos hacia la salida del pueblo. Cerca de la iglesia de San Juan se deslizan tres pequeñas en unos toscos esquís, apoyadas en unos palos de escoba. Un joven, Manolo Polo, es quien las enseñó. Ana Belén, de ocho años; Sonia, de siete, y Margarita, de seis, son las que hacen los pinitos esquiando. ¡Qué gran cantera de fondo podría haber en estos lares si la Federación de Deportes de Invierno se acordara de ellos!



tos años vino por aquí el presidente de la Federación y nos dio unos cuantos pares de esquís y botas. Quedaron en mandarnos un monitor. Y venir a buscarnos de vez en cuando para llevarnos a Pajares. Pero todo quedó en promesas. Estas chavalinas quieren... pero no tienen con qué. Uno piensa que ahí podía estar el futuro del esquí nórdico astur. Hace unos días, en Sierra Nevada, ni por asomo aparecieron en las clasificaciones nuestros representantes en los Campeonatos de España. —El frío no hace mella en aquellas chavalucas. Como gamos gatean por aquellas cumbres con sus rudimentarios esquís. Estamos olvidados. Pensar que se acuerden de nosotros es una utopía. Gracias que aún tenemos escuela. Verás, cualquier día nos la cierran y ni a leer y escribir podrán aprender nuestros hijos. Dejamos a Manolo, dando sus «clases de esquí». Volvemos con Ramón. —Aquí si distinguimos los días festivos de los laborales es por la misa. No hay fines de semana, ni eso que llaman puentes. Es muy escasa aquí la vida. Yo no la veré, pero día llegará en el que en las Tuizas no quede nadie. El año pasado, en

el Campo, hubo miedo, una nevada les tuvo varios días incomunicados. Llegaron a caer de todo. ¡Hasta de cerillas para prender fuego! Ahora están haciendo por su cuenta la carretera. Pero es mucho para ellos, sin tener ayuda de nadie. La nieve sigue cayendo con fuerza. Ramón, más de cincuenta años guía de montañeros en las Ubiñas, demuestra tener un temple y una fortaleza que muchos jóvenes quisieran para sí. —Sabes. Creo que me falta algo la vista. Voy para viejo. Pero no quisiera morir sin ir a dar mi último adiós a mis Ubiñas. Voy a ver si convengo a mi familia para que este verano me dejen subir hasta allí. Ramón sigue con sus nostálgicos recuerdos. El patriarca de las Tuizas camina con paso ligero por las nevadas callejas del pueblo. Pasa por el «chigre» de largo. —No, ni el vino, ni los carnos, ni los lugares carados se hicieron para mí. Yo amo el campo y estas montañas, que son la razón de mi vida. Constantino G. REBUSTIELLO (Fotos de Eligio DEL CASTILLO)

**CLINICA SAN RAFAEL**  
DRES. QUIROS  
CASA MEDICA DE REPOSO • MEDICINA PSICOSOMATICA • PSICOTERAPIA  
ELECTROTHERAPIA • TERAPEUTICA BIOLOGICA Y FARMACOLOGICA  
ELECTROENCEFALOGRAFIA Y PSICOTEST  
La Comedoría (La Estrecha) • OVIEDO

**Con John Deere Vd. casi ni se entera de que está trabajando.**

¡Séase a la amplia y despejada plataforma del operador de un tractor John Deere, y conozca su cómodo asiento ajustable a su peso y estatura. Pero conozca también el resto de las ventajas que hacen que John Deere sea tan diferente. El asiento amortigua los baches y sacudidas. Los mandos y pedales están situados donde lógicamente usted espera encontrarlos para ser manejados con facilidad. Por esto manejar un tractor John Deere es una experiencia muy agradable. Una característica de comodidad como las expuestas son las que marcan la diferencia entre un tractor que agota al operador y un tractor que le trae a usted de «bajón». Los tractores John Deere terminan con el trabajo cuando usted cree que lo acaba de empezar. Visite cuanto antes a su Concesionario John Deere y hablele de tractores.

**El Principado de Asturias**  
CONCESIONARIO JOHN DEERE  
C/TRA. DE AVILES, KM. 8,500 • TELÉF. 26 12 55 - 26 12 52 • LUGONES (OVIEDO)

## Los montañeros reclaman la construcción de un refugio federativo en el Meicín



—Mira, hace unos cuan-